



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 29 (2023)

«EL HOMBRE ES EL MEJOR Y EL PEOR A UN TIEMPO». ANIMALISMO EN LAS FÁBULAS DE GOVANTES

Miguel RODRÍGUEZ GARCÍA

(Universidad Nacional de Educación a Distancia)

<https://orcid.org/0000-0003-1703-4007>

Recibido: 20-3-22 / Revisado: 16-1-2023

Aceptado: 14-1-23 / Publicado: 15-10-23

RESUMEN: Este trabajo pretende demostrar que ciertas fábulas españolas del siglo XIX ofrecen lecturas valiosas sobre los animales y sobre su relación con el hombre. Con un enfoque que parte de los *Animal Studies*, nuestras pesquisas se enfocan en la producción de Ángel Casimiro de Govantes y sobre todo en sus fábulas protagonizadas por el zorro: una especie «dañina», que desde siempre ha merecido una reputación ambivalente. Así pues, destacamos en síntesis tres aspectos de los textos estudiados: primero, el recurso a la Historia Natural como fuente de inspiración para algunos de sus apólogos; segundo, denuncias y muestras de empatía ante el trato violento que han recibido los zorros por parte del hombre; y en tercer lugar, el cuestionamiento de la superioridad moral de la humanidad y la crítica del trato que le dispensa a otros animales.

PALABRAS CLAVE: Fábula, *Animal Studies*, zorro, Govantes, siglo XIX.

«EL HOMBRE ES EL MEJOR Y EL PEOR A UN TIEMPO». ANIMALISM IN GOVANTES' FABLES

ABSTRACT: The aim of this work is to prove that certain spanish fables of the 19th century offer valuable readings on animals and their relationship with men. With an approach that stems from the *Animal Studies*, our research focuses on the production of Ángel Casimiro de Govantes and especially on his fables featuring the fox: a «harmful» species that has always had an ambivalent reputation. Thus, we highlight in summary three aspects of the studied texts: first, the use of Natural History as a source of inspiration for many of his apologues; secondly, some complaints and signs of empathy in the face of the violent treatment that foxes have received from man; and thirdly, the questioning of the moral superiority of humanity and the criticism of its treatment of other animals.

KEYWORDS: Fable, *Animal Studies*, fox, Govantes, 19th century.

INTRODUCCIÓN

Durante los siglos XVIII, XIX y XX los fabularios de Samaniego y de Iriarte fueron reimprimados en múltiples ediciones y leídos por millones de niños (y de adultos también) que recitaban de memoria los versos de la zorra, el león y el resto de animales. Aparecieron con el tiempo otros cultivadores que siguieron su ejemplo, pese a que no alcanzaron el renombre de los maestros. La producción de estos últimos no ha sido siempre muy atendida por la crítica,¹ exceptuando el subgénero de la fábula política y a sus autores,² tal vez por la sencillez que caracteriza al estilo fabulístico, por el escaso aliento poético de muchos de estos poetas o porque se consideraba una materia infantil. En cuanto a los animales literarios, han sido interpretados predominantemente como metáforas y como símbolos de contenidos humanos (Kompatscher y Heuberger, 2021: 252), desatendiendo su conexión con sus referentes extraliterarios, con las conductas de las especies a las que pertenecen y con la historia de sus relaciones con el hombre.

Nuestro objetivo con la presente aportación es contribuir a remediar, aunque sea parcialmente, estas dos carencias. Para lograrlo, por un lado examinaremos algunas de las fábulas del doctor Ángel Casimiro de Govantes, riojano, miembro de la Real Academia de la Historia, abogado y senador. También realizaremos un breve análisis de su obra poética, sopesaremos la influencia de la Historia Natural en sus textos y sus actitudes animalistas. Cumple recalcar que el riojano es uno de los pocos autores que le ceden su voz a la raposa y a otros animales «nocivos» (entre otros) para que expongan los daños que les ha infligido la humanidad.

Por otro lado, también queremos situar la mirada sobre la fauna de la fábula —y más específicamente sobre el zorro, el animal más frecuente en los apólogos de nuestro autor— y valorar el conocimiento que podemos extraer de su estudio. No nos referimos con esto al conocimiento que se deriva de las tradicionales lecturas alegóricas que han recibido los animales dentro de este género, sino a una comprensión más profunda y completa, relativa a la representación literaria de estos animales y al trato —en no pocos casos hostil— que nuestra especie les ha dispensado a lo largo del tiempo.

Para emprender este cometido nos fundamentaremos en los planteamientos de los *Animal Studies*, una tendencia académica reciente enfocada en el estudio de los animales y en su relación con los seres humanos desde una postura multidisciplinaria y crítica.³ Así

¹ A modo de ejemplo, enumeramos a varios fabulistas de este periodo de cuyas obras fabulísticas no hemos encontrado apenas estudios y sobre los que, en casos concretos, existe muy poca información bibliográfica disponible: Francisco Gregorio de Salas, a quien debemos *Parábolas morales, políticas, literarias y otras varias clases*, cuya segunda edición se fecha en 1803; Luis Folgueras, autor de *Fábulas* (1811); Pisón y Vargas, autor de *Fábulas originales en verso castellano* (1819); Antonio Varela, responsable de *Fábulas en verso castellano a varios asuntos morales, políticos y civiles* (1840); F. de C. y R., autor de *Apólogos o Fábulas políticas* (1849); José Manuel Tenorio, quien publicó *Fábulas morales, políticas y literarias* en 1850; Garcés de Marcilla, autor de *Fábulas, cuentos y epigramas morales* (1856); el liberal Salinas, que dio a la imprenta *Poesías de Cándido Salinas* en 1856, entre las que figuran varias fábulas; García de Agüero (1861), autor de *Fábulas escritas en variedad de metros* (1861); etcétera. Algunos de estos autores han sido mencionados en la antología de Gómez (1969: 39-57), pero no conocemos muchos más trabajos en los que se atiende a su labor como fabulistas.

² Estos fabulistas han sido abordados en las últimas décadas por varios estudiosos, con trabajos como los que referiremos sucintamente a continuación. Freire López se centra en Cristóbal de Beña (1988) y en los itinerarios de sus *Fábulas* (1988). García Castañeda ha examinado la fábula política (1986, 1998) y a varios de sus autores, como José Joaquín de Mora (2018). García Argüez reparó en una larga fábula política de Juan Llopis que se publicó en el número décimo de esta revista (2003). Cantos Casenave ha estudiado al liberal Pablo de Jérica y Corta (2004) y a Beña (2011). También Durán López analizó las fábulas de F. P. U. en *Cincuenta fábulas políticas de las Cortes de Cádiz* (2010).

³ De la abultada lista de autores que han enriquecido el campo de los *Animal Studies* destacamos solo unos pocos nombres: Erica Fudge, Kenneth Shapiro, Harriet Ritvo, Steve Baker, Margo DeMello, Cary Wolfe, Linda Kalof y Susan McHugh. Los interesados en sus trabajos pueden consultar el repertorio bibliográfico preparado por Linda Kalof, Seven Mattes y Amy Fitzgerald, del programa de *Animal Studies* de la Michigan State University: <https://animalstudies.msu.edu/bibliography.php>

pues, antes de iniciar nuestro recorrido daremos unas notas mínimas de lo que son los *Animal Studies*. Seguiremos para ello a Marrero Henríquez (2017: 260-261), quien traza un panorama resumido de sus orígenes: la reivindicación de los derechos animales surge con vigor en 1970 y en sus cimientos se encuentran las obras de Richard Ryder (que acuña el concepto de *especismo*), Christopher Stone y, sobre todo, Peter Singer con *Animal Liberation* (1975) y Tom Regan en *The Case for Animal Rights* (1983). A ellos habría que sumar autores españoles como Pablo de Lora Deltoro en *Justicia para los animales. La ética más allá de la humanidad* (2003) y Jorge Riechmann, con *Todos los animales somos hermanos* (2003). Esta reclamación del derecho animal trasciende el ámbito legal y se apoya en otras preocupaciones de un carácter más amplio, lo que «supone un cambio de perspectiva de gran calado, pues se enfrenta al antropocentrismo de los pilares religiosos y filosóficos que sustentan la cultura occidental y pone en cuestión la excepcionalidad de la humanidad instaurada en el libro del Génesis» (262). Erica Fudge elabora más estas ideas. Según esta autora, nuestra legislación gravita sobre conceptos cristianos (2002: 13). La noción del dominio del hombre sobre el entorno natural, derivada de la Biblia, supone el germen del antropocentrismo en Occidente (14). Desde este punto de vista, los animales «are merely the means by which we exercise our power» (16).

Entre otras, una de las finalidades de los estudiosos de este campo consiste en determinar «how humans and animals interact, how animals are used as symbols, characters and figures, how they are categorized as so-called “useful animals”, how they are seen as family members and participants in our society» (Kompatscher, 2019: 12). Su propósito también se cifra en comprender los filtros culturales que subyacen a nuestra percepción de los animales y en contemplarlos no solo como entidades simbólicas, sino como seres de carne y hueso (13). La función de la literatura resulta aquí crucial,⁴ pues genera imágenes que configuran nuestras representaciones de los animales reales (14). En nuestra lengua la certeza de este hecho se aprecia en cuanto se consulta la entrada de «zorro» en el *Diccionario de la lengua española* (2014), en cuya primera acepción ya se hace referencia a su estereotipo fabulístico de animal *astuto*.

Estas y otras ideas las debatiremos más adelante y las aplicaremos en el análisis de las fábulas del riojano.

1. ÁNGEL CASIMIRO DE GOVANTES, UN RIOJANO EN «ANIMALÓPOLIS»⁵

Ángel Casimiro de Govantes nació en Foncea (La Rioja), en 1783, y es hermano del senador Pablo de Govantes. Estudió Filosofía y Jurisprudencia en la Universidad de Santiago de Compostela, superó un curso de Cánones y se incorporó a la Universidad de Osma en 1807, en la que alcanzó el título de licenciado y posteriormente el de doctor.⁶ Según su entrada en el *Diccionario Biográfico de Parlamentarios Españoles. Cortes de*

⁴ De hecho, los *Animal Studies* cuentan con un número considerable de publicaciones enfocadas en los estudios literarios, especialmente en el ámbito académico anglosajón. Véanse, por ejemplo: *Animal Stories: Narrating Across Species Lines* (2011), de McHugh; *Literature and Animal Studies* (2016), de Ortiz Robles; *Animal Narratives and Culture: Vulnerable Realism* (2017), de Anna Barz; *Derrida and Textual Animality: For a Zoogrammatology of Literature* (2020), de Piskorski, etcétera.

⁵ En el primer párrafo de este apartado resumimos principalmente la entrada de Ángel Casimiro de Govantes en *Riojanos en Madrid. 601 Biografías* (Mazón Verdejo, 2001: 225-228), aportando un dato adicional de otra fuente. Acídase al texto antes citado para obtener más información. Puede consultarse también su entrada en el segundo volumen del *Diccionario Biográfico de Parlamentarios Españoles. Cortes de Cádiz. 1810-1814* (2010). Para conocer más sobre su desempeño y el de otros diputados riojanos en las Cortes de Cádiz, puede verse «Diputados riojanos en las Cortes de Cádiz. El contexto de una época y la realidad biográfica de sus protagonistas» (Viguera Ruiz, 2010).

⁶ En las fuentes que hemos consultado se indica que obtuvo la acreditación de doctor en 1826, pero ya firma *Poesías* (1815) usando este título.

Cádiz. 1810-1814, dirigido por Agirreazkuenaga, «fue elegido en 1810 representante de la provincia de Burgos en las Cortes de Cádiz [...]. Sin embargo, no llegó a ocupar su asiento en la Cámara, ya que dicha elección fue anulada por supuestas irregularidades» (2010: 271). Ejerció la abogacía, se dedicó a la política, cooperó con el Gobierno del Trienio Liberal y fue magistrado de la Audiencia y Chancillería de Valladolid hasta 1823. La reacción del absolutismo llevó a que fuese declarado impurificado, suspendido de sueldo y encausado. Desterrado de la Corte, desde 1823 estuvo bajo arresto domiciliario. Fue secuestrado por los carlistas en 1833, hasta que el Real Decreto de Amnistía de 1834 restauró finalmente su libertad. Tras la defunción de Fernando VII, fue rescatado y ocupó importantes cargos públicos incluso hasta después de su jubilación en 1841. Govantes invirtió sus últimos años de vida en redactar disertaciones y trabajos para la Real Academia de la Historia, como el *Diccionario geográfico-histórico de España* (1846), su legado más notable. Finalmente falleció en Madrid, el 28 de abril de 1852.

Nuestro autor pertenece a la corriente de la fábula decimonónica, heredera de la fábula del siglo XVIII, que según Maire Bobes era un «vehículo idóneo para los planes de los ilustrados, quienes aspiraban a educar y ofrecer una cultura al pueblo» (2004: 51). Hacia la segunda mitad de este siglo, el género había resurgido con renovado vigor gracias a su atención al apartado moral, a sus tendencias pedagógicas y a la influencia francesa en España (Ozaeta, 1998: 174). Samaniego, Iriarte y La Fontaine avivaron el interés en un género que englobó a una abultada nómina de practicantes, tanto asiduos como ocasionales, desde el siglo XVIII hasta entrado el XX. Entre ellos, el autor que nos ocupa.

La producción poética de Govantes, que hasta donde nosotros sabemos no ha recibido todavía estudios, se recoge en dos títulos: las *Poesías del doctor don Angel Casimiro Govantes. Dedicadas á sus amigos*, aparecidas en 1815, y *Fábulas, cuentos y alegorías morales del doctor D. Ángel Casimiro de Govantes* (1833). De cada obra solo conocemos una única edición.

Poesías (1815) está dividida en dos partes. La primera incluye composiciones circunstanciales que parecen aludir a las guerras napoleónicas y también al principio de la Guerra de la Independencia Española en 1808 (1815: 20). En la «Oda primera» (5-8) el poeta deplora el conflicto, la muerte y los estragos, usando del tópico del *ubi sunt* y preguntándose retóricamente «¿Adónde está el esposo? ¿á do la esposa? / ¿Dónde los niños, embeleso amable / De la tierna casada y del marido?» (8). En la Oda II, «Aparición de la España al Pirineo», de carácter nacionalista, condena al «monstruo feroz que dió a la Europa / Fuego por todas partes» (10) y dialoga con el Pirineo, «venerable anciano» (12) que aplaude el valor del pueblo español que acude en su defensa y cuyo triunfo presagia otro personaje alegórico, la «madre España» (16). La Oda III, «El auxilio» (18-19), es un canto al Señor por la victoria, que se prolonga en la Oda IV (20-22), erróneamente numerada. La Oda VI, una lira, está dedicada «A Licino imitando á Fr. Luis de Leon» (31). En su Oda VIII (34-36), de tono elegíaco, la voz poética lamenta a la orilla del Pisuerga (afluente del Duero que pasa por Valladolid, donde estudió y residió el autor) el haber dejado a sus amigos. Apostrofa al Ebro, a su patria y a las memorias de otros tiempos para «No mas, no mas dejaros, / No ya dejaros mas recuerdos châros» (36). La Oda IX (37-39) escenifica el triunfo del Señor, que restaura la virtud en un mundo infestado de maldad. Tras una «Elegía mística» (40-43) el autor traduce dos odas de Horacio (44-48), con las que finaliza la primera sección del libro. En general, el asunto bélico domina en esta primera parte, con poemas de un tono solemne y emotivo en los que abunda el verso endecasílabo. El patriotismo y el cristianismo del autor en

los textos han de destacarse también, así como varios de sus referentes literarios, a los que traduce o emula: fray Luis de León y Horacio.

La segunda parte de *Poesías* comprende sus «cuentos satíricos» puestos en verso, algunos de los cuales incorporó a su fabulario de 1833. Los más interesantes para el objeto de este trabajo los estudiamos en un apartado posterior, así que solo proporcionaremos aquí unas ligeras pinceladas. En las composiciones de este apartado del libro lo que prevalece es la intención moralizadora, con una traducción de Fedro (1815: 54-55), varias sátiras y otros apólogos de animales como «El lobo proyectista» (56-59), «El león, el tigre, y el lobo» (60-63) o una «Sátira sobre un asno (63-65), inspirada —según la voz poética— «En una obrita en frances» (63) que leyó hace años.

Los textos de *Fábulas, cuentos y alegorías morales* (1833) parecen en muchos casos originales de Govantes, aunque añade varias fábulas traducidas o reelaboradas de Fedro y de Esopo, y reproduce otras que se remontan a las historias naturales, como se demostrará más tarde. Otros autores a los que Govantes debió de leer, atendiendo a lo que refiere en el aparato de «Notas» del libro, son Juan Manuel con *El Conde Lucanor*, en la edición de Argote de Molina (1575), y a La Fontaine directamente desde el francés (1833: 201). La temática de sus fábulas es asimismo diversa. Además de los apólogos sobre animales, que suelen dirigirse a la enseñanza moral y a la sátira, Govantes cuenta con fábulas de temática mitológica como «Narciso» (50), «El rústico con el ídolo de cera» (138-140), «Las Euménides» (147-148) o «Cupido» (173-174). Otros textos alegorizan atributos morales, como la fábula VII, «La virtud echada del mundo» (19-20). El asunto histórico aparece en «Tiberio y Léntulo» (55-56). En sus fábulas está presente también la sátira de oficios como el de médico, muy escarnecido en la tradición fabulística, en «El médico vanaglorioso» (58-59), y la crítica de los pedantes en «El pescador literario» (141-142), «El mono de un pedante» (150-151) y «La Dama Erudita» (172-173). El tema político también se aborda en fábulas como «El león y sus ministros» (17), acerca de las elecciones equivocadas de los príncipes en la constitución de los gobiernos, o en «El tigre y el lobo» (110-113), sobre la influencia de los malos consejeros en los monarcas.

Cierta actitud clasista la advertimos en otras fábulas en las que la voz poética censura al pueblo llano. En la fábula xcvi, «Las intenciones del vulgo», se afirma que

Sea ejemplo de todo
Esa plebe perversa,
Á quien llamamos vulgo;
Una clase de bestias,
Ó malvados opuestos
Á toda cosa buena (161-162).

Y algo más abajo,

Hay por cierto en el vulgo
Una clara tendencia
Que le lleva á lo malo
Casi como por fuerza
Este mal solamente
La educacion le enmienda (162-163).

También denuncia la ignorancia del vulgo, con una exclamación retórica, la voz poética en la fábula xcviII, «La vieja adivina»:

¡Qué don de errar ó natural locura
Ocupa al vulgo necio que le arrastra
Á creer falsedades y delirios,
Y á la amable verdad negar la entrada! (163).

En estas fábulas la necedad se erige en la causa de los extravíos de la plebe. En una de ellas, de hecho, el vulgo es comparado de manera peyorativa con los animales. El autor, hombre culto, demuestra en estos textos su confianza en las bondades de la educación y en el saber como antidotos contra la vileza y la superstición, ideas propias del pensamiento ilustrado y que reaparecerán en el análisis de otras fábulas de las que luego nos ocuparemos, en las que el riojano se sirve de la razón y la ciencia para situar al hombre respecto del resto de los animales.

En cuanto a otros aspectos relevantes de esta obra, en los primeros versos de cada fábula se refiere a menudo el presunto suceso que motivó su escritura. Por ejemplo, en la fábula LXVII, «El Mico», «Al pasar por Francia / Me dieron un Mico» (1833: 115). En la fábula LXXXII, «El cocinero y el perro» (134), «Robándome la despensa / Sorprendió mi cocinero / Á mi Perro y á un Gatazo» (134) que son los actores que protagonizan la ficción. El origen de la fábula II, «Las abejas y los zánganos», lo sitúa el autor en una supuesta «novela» (8) que encontró en una historia antigua y que, como veremos más tarde, parte de ideas referenciadas en la *Historia Natural* grecolatina. Asimismo en la fábula LXXIII, «La tristeza y la Alegría» (136), afirma que «En un archivo de la nueva Zembla, / [...] Ví la historia siguiente peregrina» (135). En ciertas ocasiones el carácter ficticio de estas introducciones salta claramente a la vista, como en la fábula XII, «Elogio fúnebre de un tigre», en la que el panegírico «Que pronunció de un Tigre pavoroso / Otro Tigre feroz en lengua Hircana, / Fue vertido en la lengua Castellana» (66). Si bien estos hechos no tendrían por qué corresponderse con las experiencias vitales del riojano y podrían tratarse de una invención literaria, sospechamos que en algún caso el autor pudo estar apuntando indirectamente a las fuentes de las que se sirvió para formar el texto, como en «Las abejas y los zánganos». Si hemos de creer a la voz poética en «Las intenciones del vulgo», el autor se habría podido servir de bastantes referencias, pues

No solo las historias,
No solo las novelas
Me dan para mis cuentos
Mil especies diversas (161).

Las fábulas del riojano poseen un estilo no demasiado ornado y de fácil lectura. En lo relativo a la métrica, Govantes prefiere el verso endecasílabo, el heptasílabo y las combinaciones de ambos para sus apólogos, alternando entre la rima consonante y la asonante en función del texto. No obstante, encontraremos alguna composición con metros diferentes. Tal es el caso, por ejemplo, de la brevísima fábula XXIX, «La gata» (48), en cuatrísílabos, o de la fábula XCII, «El autor y un gato», en hexasílabos. De hecho, la voz poética ya advierte entre anáforas («Que», «Dirán»), en el «Prólogo y fábula I», de los «criticastro» que

Dirán de estos Apólogos,
Que los unos son largos,
Que los otros son cortos
Y que el verso es mediano,

Dirán..... mas abreviemos,
Dirán que todo es malo (8).

A nuestro parecer, la calidad poética de estas fábulas es fluctuante. Por su parte, Gómez (1969) consideraba que Govantes no era un gran estilista, «aunque acertase más en los temas» (49). No obstante, creemos que se debe apreciar su singularidad por haber creado ficciones de escaso antropomorfismo animal —algo poco común en el género— y por haber trasladado relatos de la Historia Natural a sus fábulas. Su actitud crítica con la humanidad, perceptible en algunas de sus fábulas de 1833, y el hecho de que permita al zorro y a otros animales protestar por el trato que reciben del hombre, junto con los otros dos rasgos antedichos, serán puestos de manifiesto en las siguientes páginas.

2. LA FÁBULA Y LOS *ANIMAL STUDIES*

El género fabulístico tal y como lo conocemos comienza su andadura en Grecia, con las fábulas atribuidas a Esopo, aunque existen antecedentes del mismo en la India y en la literatura sapiencial de Mesopotamia. Enjuiciado en tiempos más recientes como un tipo de poesía inferior, destinada principalmente a la instrucción de los niños, las características del género fabulístico no son fáciles de concretar. Rodríguez Adrados afirmaba que «sería un error pretender una definición “cerrada”, simple y para siempre, de la fábula» (1979: 57) y Van Dijk lo verificó en *Ainoi, Logoi, Mythoi. Fables in Archaic, Classical, and Hellenistic Greek Literature* (1997), en la que llevó a cabo una comparación de las teorías de la fábula en autores antiguos y modernos. Con todo, es posible apuntar unos elementos básicos sobre los que existe consenso casi generalizado: la fábula es un relato de corta extensión en el que pueden intervenir animales, hombres o dioses; posee un innegable talante ficticio; se caracteriza por su simbolismo, por su utilidad y por su didacticismo; y en ella son relevantes su estilo (que ha de ser bello y entretenido), su intención moral y su capacidad para ejercer la crítica social (Martín García, 1996: 13-14). Para Rodríguez Adrados precisamente es la crítica «la fuerza motriz de la fábula» (1979: 199). Lo mismo opina Matic, que estudia cómo el aspecto crítico, que convierte a la fábula en un instrumento para la subversión (2015: 165), se mantiene vigente en las fábulas clásicas, medievales, dieciochescas y decimonónicas. También indica que los estudiosos a veces pasan por alto ese componente «al observar la fábula exclusivamente como una herramienta didáctico-moralizante» (154).

La actuación de los animales en estas ficciones tiende a diferir de los hábitos y comportamientos de sus referentes extraliterarios. Asimismo, la moralización intrínseca al género los trueca en paradigmas de vicios y virtudes humanos. Por ello, dentro de los *Animal Studies* la fábula no disfruta de una estimación positiva unánime: Carol Adams califica a sus personajes animales de «referentes ausentes»; para Erica Fudge no existe ningún potencial interés desde la perspectiva de los derechos de los animales en las fábulas; Harriet Ritvo insiste en su falta de conexión con las criaturas reales y Nicolás Howe las considera otra forma de explotación por parte de los humanos (Harel, 2009: 10). Parece entonces que lo único veraz de los animales que protagonizan las fábulas son sus características físicas y su posición en la cadena alimenticia (9).

Estas opiniones han recibido respuesta por parte de otros estudiosos vinculados a los *Animal Studies*. Para Schönbeck los autores que desdeñan las fábulas por la manera antropocéntrica en la que retratan a los animales están reduciendo el género a su función didáctica (2019: III), que no es más que una de sus múltiples facetas. Y además, como matiza Korhonen, el *promitio* y el *epimitio* son las partes de la fábula que más se prestan

a una interpretación antropocéntrica (2019: 221),⁷ y no tanto la acción desarrollada por los personajes animales.⁸

Para otros autores relacionados con los *Animal Studies*, como Kompatscher y Heuberger, resulta posible aprender algo de los animales reales incluso en las fábulas —o como poco, sobre nuestras relaciones con ellos— en la medida en la que estemos dispuestos a asumir su perspectiva y a respetarlos como individuos (2021: 252). Lefkowitz nota que la fábula clásica en ocasiones rechaza el simbolismo y refleja cierto interés por la conducta animal, por ejemplo, en algunas fábulas de tipo etiológico que ofrecen explicaciones de los rasgos físicos y de los hábitos de determinadas criaturas (2014: 15).⁹ Rudd sostiene que el comportamiento de la fauna en las fábulas proviene tanto de hechos observados como de sus caracteres emblemáticos (2018: 88-89). Rodríguez Adrados también creía que la fábula antigua contenía apreciaciones acertadas sobre la naturaleza, ya que el pueblo griego vivía en cercano contacto con ella, de ahí que las fábulas relaten tantas escenas de cacería (1979: 247). Sin embargo, Oerlemans es quien mejor expresa nuestra postura. Para este autor, todo empleo alegórico del animal descansa en alguna medida en la comprensión del mismo, y la elección de una especie para encarnar ciertos atributos morales no es trivial, sino que en muchos casos remite a su apariencia corporal (la nobleza del león se basaría en su fortaleza) o a su relación con el hombre (la fidelidad del perro) (2018: 29-30).

La ilustración práctica de algunas de estas ideas nos la facilita Govantes (1833). En su fábula CIX, «Las moscas», refiere los atributos físicos de este insecto, haciendo especial hincapié —a través de la sinonimia— en su aparato bucal:

Sábía naturaleza,
Dándolas propiedades infinitas.
Las puso ocho mil ojos,
Unas alas muy finas,
Seis patas muy veloces,
Boca, pico, chupon y trompetilla (1833: 179).

Pero estos rasgos no salvan a la mosca de caer en la red de la araña. La moraleja, en los versos finales, advierte sobre la prevalencia de los errores, que subyugan a todos con independencia de cuáles sean sus cualidades. Adviértase, de paso, la inexistencia de antropomorfismo en la fábula: los animales actúan como compete a su naturaleza fuera del plano literario y es después la moraleja la que aporta una interpretación ética.

Otro ejemplo lo encontraremos en sus *Poesías*, en una fábula titulada «El gato», en verso hexasílabo y con rima asonante, que transcribimos parcialmente:

Quando yo era niño
Tenía un gatito,
La comida siempre
Le daba yo mismo.

⁷ Introducción (*promitio*) o final (*epimitio*) de la fábula, en los que generalmente se explicita la enseñanza moral.

⁸ Un alegato a favor de la misma lo entona García Gual, que estima que «tan esencial como la moraleja, o más, es la acción de la fábula y que sus actores sean, en la mayoría de ejemplos, animales parlantes (incluso objetos parlantes en casos más raros) que actúan afrontando un conflicto» (2011: 24).

⁹ Mañas Núñez provee una buena explicación de lo que son las fábulas etiológicas en nota a pie de página de su edición de las fábulas de Fedro y Aviano: «*Fábulas etiológicas*: son las de tipo narrativo que están próximas a la explicación o interpretación de un mito en clave de exégesis histórica, o de alguna realidad, o de un hecho acaecido en el pasado, al principio de los tiempos, o bien cuenta la causa de un don o castigo divino» (1998: 35) (la cursiva es del autor).

Un día enredando
La cola le piso,
Olvida favores
Me arañó el maligno (1815: 66).

Este episodio, en el que el gato actúa sin visos de antropomorfismo (es decir, de una manera más ajustada al potencial comportamiento de los gatos reales), le vale a la voz poética para destilar alegóricamente su lección:

¿No es mas que eso? Calla,
Mi padre me dixo,
Que acá entre los hombres
Sucede lo mismo.
Solo una pisada,
un leve descuido
Gracias y favores
Todo dá al olvido (67).

Nuestro autor nos deja claro que hasta los animales domésticos pueden ser juzgados mezquinos si se rebelan contra sus propietarios humanos. Más textos de Govantes inciden en esta cuestión: en la fábula LXXXII un cocinero sorprende a un perro y un gato robando comida y les pega a ambos, pero se ensaña más con el primero por haber incumplido sus obligaciones (1833: 134-136). Eso no obsta para que en la fábula III el perro sea pintado como un animal leal, afligido por la defunción de su amo (12-14), o para que el gato —comparado con un escribano en la fábula XCII— se defienda de la acusación de robo argumentando que caza a los ratones que mordisquean los documentos (152-155), una actividad que lo vuelve productivo y que lo redime desde un punto de vista antropocéntrico y utilitario.¹⁰

Se habrá advertido con estos ejemplos que las fábulas no siempre revelan fotografías borrosas de los animales y que en ocasiones pueden suministrarnos pistas de cuál ha sido nuestra relación con ellos, de su comportamiento y de cómo los hemos imaginado. Desde esta óptica acometeremos el análisis de algunas de las fábulas de Govantes que representan al zorro, un animal con un simbolismo ambivalente.

3. COMPASIÓN HACIA EL ZORRO

3. 1. *El zorro, un animal dañino*

A excepción de Govantes, pocas veces se encontrará empatía hacia el zorro en las fábulas decimonónicas. Este animal, de dilatada trayectoria literaria, ha transitado el mundo entero en cuentos folclóricos, fábulas, mitos y leyendas.¹¹ Si nos enfocamos en la cultura occidental, el zorro literario asomó su cola por primera vez hacia el segundo milenio a. C. en Mesopotamia,¹² se instaló en la fábula grecolatina y siglos después se paseó por la épica animal,

¹⁰ Pese a gozar hoy en día de una popularidad envidiable, en el periodo medieval el gato era asociado con la brujería y todavía se le torturaba y masacraba en Europa a principios de la Edad Moderna. Para conocer su historia puede leerse *Revered and Reviled: A Complete History of the Domestic Cat* (2016) de Vocelle.

¹¹ Según Uther el zorro desempeña dos roles principales en los mitos y leyendas: es o bien una criatura divina/demoníaca o un embaucador que engaña a otros animales (2006: 138), como en la fábula.

¹² Sax señala su aparición en un manuscrito temprano de Mesopotamia. Según el mismo autor, también figura

por los bestiarios y por la literatura emblemática. En Francia dio origen al *Roman de Renart* medieval, que rebautizó al zorro en francés como *renard* (antiguamente era *goupil*) a causa de la popularidad que había adquirido su protagonista, una burlesca «contrafigura de los valores caballerescos y cortesés» (Ruiz Capellán, 2009: 15), que satirizaba desde las ramas de su corrosivo poema a la monarquía, la nobleza y el clero.

Parte de las historias de Renard provienen del linaje esópico, del que también descienden los zorros de nuestras fábulas. En ellas su oficio más frecuente es el de embaucador o *trickster*,¹³ un personaje caracterizado por una serie de rasgos mutables, como sintetiza uno de sus principales estudiosos: son ambiguos, anómalos y seres liminales; engañan y usan trucos; son cambiaformas (a veces, a través del disfraz); invierten las situaciones (del orden al caos, de lo bueno a lo malo, etc.); son mensajeros e imitadores de los dioses; y por último, transforman lo escatológico y lo sexual en algo útil (Hynes, 1993: 34-45). No hace alusión directa Hynes a la importancia de la risa en esta figura mítica, que sí mencionan Aitana y Alberto Martos García y que conectan con el principio de la inversión y con la sátira del carnaval (2017: 143). También recuerda esta función lúdica Magoulick, que le concede al humor la propiedad de anudar las facetas dispares de este personaje (2018: 93). Lo que sí puntualiza Hynes (1993) es que no todos los personajes de tipo embaucador tienen por qué presentar la totalidad de estos seis elementos (45), pero creemos que no costará asignarle al zorro varios de ellos. De hecho, desde un punto de vista simbólico, la biología del zorro puede interpretarse desde la liminalidad del personaje tramposo. Como plantea Hufford, el zorro es un cánido atípico: es un cazador solitario y posee pupilas verticales, como las de los gatos (1987: 169). Asimismo, su dieta es omnívora y se ha probado un buen trepador. Es más, la especie del zorro gris americano posee uñas semirretráctiles, un hecho que acentúa su identificación con la familia de los felinos (170).

Lo habitual es asociar al zorro con la cualidad de la *astucia*, que no se trata de una sabiduría académica, sino de la *mêtis* griega:

A type of intelligence and of thought, a way of knowing; it implies a complex but very coherent body of mental attitudes and intellectual behaviour which combine flair, wisdom, forethought, subtly of mind, deception, resourcefulness, vigilance, opportunism, various skills, and experience acquired over the years (Detienne y Vernant, 1991: 3).

Cualquiera que haya leído unas pocas fábulas se percatará de la correspondencia entre esta definición y la actuación de la zorra esópica, que es la que prevalece en los siglos XVIII y XIX. Un ejemplo de su condición de artera nos lo suministra Govantes en la fábula LXVIII, «El Raposo y el Gallo» (117-119), en la que este carnívoro intenta engañar (aquí sin éxito) al ave para que baje de su balcón prometiendo no hacerle daño. Otro, que se comentará luego, lo observamos en «La raposa y el congrio» (28-29), un texto en el que la raposa se sirve ingeniosamente del rabo para pescar.

Un rol habitual de los zorros en las fábulas esópicas es el de jueces que aparecen al final para emitir una valoración de la acción (García Gual, 1970: 244). Como alega Zafiropoulos, «the role of the fox is that of an intermediary between the plot and the reader; the fox observes the protagonist's action, comments on it and presents the reader with the fable's message» (2001: 52). Permanece así en un estado enunciativo liminal (propio de la

en los proverbios mesopotámicos del segundo milenio a. C. —de los cuales descienden algunas fábulas esópicas— y en una tabla babilónica conocida como *La Fábula del Zorro* y fechada hacia la mitad del segundo milenio a. C., en la que un león dirime un pleito entre un zorro, un lobo y un perro (2001: 117).

¹³ De aquí en adelante nos referiremos al *trickster* como 'tramposo' o 'embaucador' en el texto.

figura del tramposo), a modo de lector dentro de la fábula (52). Brindamos como ejemplo de esta actuación un texto de Govantes en el que el zorro censura los defectos ajenos. En su fábula VII, «El caminante y el raposo», un zorro se burla de un hombre al que el viento le tira la capa, el sombrero y hasta el peluquín. El raposo se carcajea de él y apuntala la moraleja: «el Hombre todo es farsa y fingimiento» (1833: 32).

Dentro del repertorio esópico el zorro es el animal más común. Según García Gual, figura en alrededor de cuarenta fábulas, seguido en popularidad por el león, que aparece en cerca de treinta (2017: 156). Sus valoraciones positivas descansan casi siempre en su intelecto: «los griegos, que admiraban mucho la astucia como un instrumento para el triunfo en un mundo difícil y agresivo, no dejaron de encontrar en el zorro de las fábulas un ágil campeón de esa inteligencia práctica, la *metis*» (García Gual, 2017: 158), un atributo que concita ambigüedad. Pero no todas las opiniones sobre este carnívoro en el mundo antiguo son igualmente benévolas. En el Libro I de su *Investigación sobre los animales*, Aristóteles describe a la zorra como astuta y malvada (1992: 48). También Eliano evalúa a las zorras con dureza en el cuarto libro de *Historia de los animales* y afirma que «alcanzan cotas insuperables de malignidad y de truhanería» (1984: 201), dado que matan a las avispas adhiriéndolas a sus pelos y golpeando la cola contra un árbol para así acceder a la miel del panal.

En España el zorro «ha encarnado la imagen de alimaña, de ser dañino cuya presencia en el medio rural se ha considerado perjudicial, pues atacaba a la avifauna doméstica» (Rabal Saura y Sánchez Ferra, 2007: III-III2) y también competía con los cazadores por presas como el conejo. Prueba de ello es el tabú que suponía pronunciar su nombre, que traía mala suerte a quien lo hiciera (III2). Esta superstición la recogen asimismo Corominas y Pascual en el Tomo IV de su *Diccionario crítico etimológico*, donde explican cómo el zorro pasó de ser designado por el término *gulpeja* a luego ser referida como *raposa* y posteriormente como *zorrra*, denominaciones indirectas con las que se pretendía evitar dicho mal agüero (1985: 783).

Unos pocos testimonios de los siglos XVIII y XIX nos ayudarán a conjeturar cuál debía de ser la opinión sobre los zorros, los lobos y otros animales perniciosos en tiempos de Govantes. En una Real Cédula emitida en 1788 se promovía el exterminio de lobos y de zorros por el «gravísimo [sic] daño en ganados de toda especie» (*Real Cédula de S. M. y señores del consejo...*: s. p.) que según dicho escrito provocaban. A fin de eliminarlos, el rey ordenó que se celebrasen dos batidas anuales en los pueblos: una en enero y otra entre septiembre y octubre. También se prometían recompensas a quienes presentasen cadáveres de lobos, zorros o de sus crías, aunque lo hicieran fuera de las temporadas de caza establecidas. No obstante, por otra Real Cédula posterior se suspendían las monterías debido al «poco ó ningún fruto que producian sus disposiciones por el abuso que de ellas se hacía en los pueblos» (*Real Cédula de S. M. y señores del consejo...*, 1795: s. p.), pero se duplicaba el valor de las gratificaciones por las muertes de zorros y de lobos. Más tarde, por los «Reales Decretos» del 7 de mayo de 1834, aparecidos en la Gaceta de Madrid, se estipulaban nuevas compensaciones económicas con las que se pretendía «fomentar el exterminio de los animales dañinos» (1834: 354): veinte reales por cada zorro muerto, treinta por la hembra, cuarenta si estuviera encinta y diez por la cría. El objetivo de la corona, queda visto, era aniquilar a estas criaturas y a todas las que fuesen consideradas nocivas para el hombre,¹⁴ un pensamiento que debió de afectar perjudicialmente a la reputación literaria del zorro.

¹⁴ Además de estas ordenanzas reales, la literatura cinegética de la época también testifica cuáles eran los pareceres dominantes acerca de estos animales. Destacamos una obra anónima cuyo título es por sí solo delator: *Tratado de la caza de los lobos y zorras, y medios mas [sic] seguros de exterminarlos* (1829).

El zorro fabulístico en los siglos XVIII y XIX no se mantiene al margen de estas vicisitudes. Una evidencia de su mala fama se hallará en la preceptiva que trazó del género Valldares y Longo en la «Razón de ser» de sus *Fábulas satíricas, políticas y morales sobre el actual estado de la Europa* (1811), a modo de prólogo de su obra. Allí expresa claramente, en la línea de la doctrina poética aristotélica, que ha de guardarse la verosimilitud de los caracteres de los animales y así, «si intentamos, por ejemplo, representar è inspirar la lealtad ò gratitud, sería muy impropio introducir en la accion a un lobo ò una zorra como personas principales, olvidandose del leon ò del perro que mas propiamente simbolizan estas virtudes» (1811: XII). Por antítesis, se intuye cuáles debían de ser las propiedades que encarnase un animal como el zorro.

3. 2. Govantes y la Historia Natural

Es posible que entre las gentes instruidas en ciencias naturales la opinión sobre el zorro y otra fauna «dañina» no fuera tan uniformemente desfavorable. La Historia Natural gozó de una difusión notable en nuestro país durante los siglos XVIII y XIX gracias a los trabajos venidos del extranjero y firmados por Buffon, Linneo y Cuvier, entre otros. Estos estudios, de moda en la época,¹⁵ contribuyeron a desterrar creencias erróneas sobre la naturaleza, aunque aún daban cobijo a historias no siempre precisas procedentes de textos anteriores o de los relatos de los viajeros, y se respaldaban en visiones eminentemente utilitarias de los animales. Sin ir más lejos, Buffon hace patente el mal sabor de la carne del zorro excepto durante el otoño, «cuando se ha alimentado y engordado con uvas» (1832: 218), un dato que nos recordará a uno de sus alimentos predilectos en la fábula esópica. También indica que su piel en invierno produce buenos forros (218) y valora la calidad del pellejo de sus subespecies (222). Pero este mismo autor, en su tomo tercero dedicado a los cuadrúpedos, cuando se refiere a los animales carnívoros en alguna medida los exculpa de su biología carnívora al razonar que

Si el destruir seres animados es hacer mal, ¿hay acaso una especie mas dañina que el hombre, considerado como parte del sistema general de estos seres? Él solo sacrifica y destruye mas individuos vivientes, que todos cuantos devoran juntos los demás animales carnívoros; de suerte, que no deben de ser estos nocivos sino en cuanto son competidores del hombre, y porque tienen los mismos apetitos é igual afición á la carne, y porque á veces para subvenir una falta de primera necesidad le disputan una presa que reservaba para sus escesos (143-144).

Govantes debía de estar familiarizado con las historias naturales, lo que podría haber influido en su visión de cierta fauna (como el zorro) en algunas de sus fábulas. El conocimiento de la Historia Natural por parte del autor lo apreciamos en varios textos. Véase, por ejemplo, su fábula XIV, «La raposa y el congrio». En ella, Govantes nos cuenta cómo

Dicen que la Raposa
Para pescar Cangrejos
Mete en el mar la cola,
Sirviéndole de caña, cuerda y cebo (1833: 28).

¹⁵ Morgado García atestigua el interés de la Historia Natural en la España del siglo XVIII, que se plasma en la traducción de obras extranjeras (2015: 161), en una producción propia localizada en regiones geográficas o en especies animales específicas (165), en los testimonios de los viajeros (168) y en la prensa (170-187).

En este último verso la repetición del grafema <ç> en los tres términos del mismo campo semántico («caña», «cuerda» y «cebo»), merónimos dos de ellos del holónimo *caña* y nombrados desde la base de la vara hasta su extremo (el «cebo»), contribuye a una figuración más expresiva y enfática del instrumento, que se compara al rabo del animal. Esta misma historia, poco verosímil y cuya certitud cuestiona el propio autor (28), se reitera en el tomo tercero de las *Conversaciones de un padre con sus hijos sobre La Historia Natural*,¹⁶ cuya estructura remeda un diálogo paternofilial. El mayor de los vástagos pregunta al padre si es cierto que la zorra atrapa cangrejos con la cola y este contesta afirmativamente (1826: 175). Aunque Govantes podría haberla extraído de un texto como el que hemos aducido, la creencia de que el zorro pescaba con la cola es antigua y aparece en el libro vi de la *Historia de los animales* de Eliano, según el cual las zorras «pescan pececillos con mucha astucia» (1984: 274) valiéndose del jopo. En las letras españolas, dentro de los textos de la Historia Natural, la repite Diego de Funes en su traducción de Aristóteles (1621: 378) y Gómez de la Huerta en su traducción de Plinio (1624: 419). También en la *Introducción al símbolo de la fe* (1583) de Fray Luis de Granada se menciona específicamente la pesca de cangrejos (1676: 42).

El influjo de la Historia Natural se distingue en la fábula xxxvi, «El tejón y el raposo», que presenta una narración que también aparece en el tercer tomo de las *Conversaciones* (1826: 176-177) y en el tercero de la enciclopedia natural de Buffon (1832: 229), más copiosa en detalles escatológicos que están asimismo presentes en el texto de nuestro autor. En verso endecasílabo y con rima consonante, Govantes refiere el modo en que los zorros se apoderan de las cuevas de los tejones:

Los pícaros Raposos conociendo
Del Tejon mas sencillo la limpieza,
Y hacerse con la cueva disponiendo,
Procuran siempre echar toda la freza
Muy cerca de la casa ó aposento
En que vive el Tejon con mas llaneza;
Así que el tejon huele el excremento,
Abandona su cueva disgustado,
Y el raposo consigue así su intento (1833: 57).

Este relato lo hemos rastreado hasta el segundo libro de *De Naturis Rerum*, obra enciclopédica de Alexander Neckam (1157-1217), localizado en el capítulo cxxvii, «De taxo et vulpe» (1863: 207).¹⁷ En los textos de Historia Natural españoles, lo hemos encontrado en el *Libro, y tratado de los animales terrestres, y volátiles* [sic] de Jerónimo Cortés (1615: 150) y en la *Historia natural de Cayo Plinio Segundo* traducida por Gómez de la Huerta (1624: 418), aunque en esta se omite el dato escatológico.

Más fábulas de Govantes están relacionadas con relatos de la Historia Natural, que el autor combinó con otros procedentes de Esopo y de Fedro (1833: 185-199), con alguno de clara inspiración en la fabulística grecolatina (1833: 89-90) e incluso con un cuento de animales: la fábula iv, «Los mosquitos en la batalla de las aves con los cuadrúpedos».¹⁸

¹⁶ La obra está dirigida, según el editor francés, «no solo para los padres y preceptores que quieran suministrar á sus educandos nociones mas que elementales de la Historia natural, sino aun para todas las personas que no han hecho un estudio particular de esta ciencia» (1802: xv).

¹⁷ Citamos por la edición de Wright (1863).

¹⁸ Frente a las fábulas, con las que a veces se los vincula, los cuentos de animales se caracterizan por su principal difusión oral, aunque muchos cuentan con testimonios escritos. Tal es el caso del cuento de la *batalla entre aves* y

Algunas fábulas basadas en la Historia Natural las reproduce tanto en *Poesías* como, más tarde, en *Fábulas*. Citaremos tres ejemplos que figuran en ambos títulos: el «Cuento de la hormiga» (1815: 65-66) reelabora una historia que podemos remontar al libro VI de la *Historia de los animales* de Eliano (1984: 288) acerca de una hormiga que transporta a una compañera difunta a su hormiguero para sepultarla (aunque el autor afirma que lo que pretende es comérsela). En «El basilisco» (1815: 70-71), Govantes relata la conseja acerca de la mirada letal del basilisco, que aunque la voz poética alega que «En las noches del invierno / Nos contaban de chiquitos» (70), está presente en el Libro VIII de la *Historia Natural* de Plinio (2003: 151-152), en el Libro II de la obra antes citada de Eliano (1984: 115) y en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, en su Libro XII (2004: 913). Finalmente, en «Del rey de las abejas» (1815: 71) Govantes expone la creencia antigua de que los jefes de las colmenas estaban desprovistos de aguijón, que también discuten otros autores en sus historias naturales: Aristóteles en el Libro V de su *Investigación sobre los animales* (1992: 288), Plinio en su Libro XI (2003: 479) y Eliano en su Libro I (1984: 107).¹⁹

El interés de Govantes por las ficciones de animales —y específicamente por las procedentes de la Historia Natural— ya existía en 1815, pero continúa percibiéndose en su fabulario de 1833. En su fábula II, «Las abejas y los zánganos» (8-11), reproduce el enfrentamiento de estas criaturas, del que también dieron parte Plinio, en el Libro XI de su obra antes citada (2003: 469), y Eliano, en el Libro I (75-76) de su historia natural, y que concluye con la victoria de las abejas. El riojano expande esta «novela» (1833: 8) agregando un castigo para los insectos, que pasan a servir al hombre para abastecerle de miel. Su fábula XXVIII, «El toro y el lobo» (59-60), que refiere el enfrentamiento entre estos dos mamíferos, se asemeja a un pasaje del título ya mencionado de Eliano, Libro V (1984: 230), solo que alterando el final para hacer perder al lobo, quizá en reprimenda por el temor y el odio que durante siglos ha suscitado este cánido.²⁰ Por último, su fábula CX, «El Cisne» (1833: 179-180), alude al presunto canto que entona esta ave antes de expirar, una creencia que también vertieron en sus historias naturales Plinio, en el Libro X (2003: 385), y Eliano en el Libro V (1984: 237).

Como apuntó Rodríguez Adrados, algunas fábulas griegas transmitían los hábitos de los animales plasmados en la Historia Natural, solo que «refiriéndolos a un suceso y dándoles carácter simbólico» (1979: 55). Estas narrativas «No dejan de demostrar la proximidad de la fábula a los conocimientos populares de Historia Natural, que luego fueron a parar a obras como el *De Natura Animalium* de Eliano o el *Physiologus*» (248). Ya hemos comprobado que varios textos de Govantes participan de esta comunicación entre los relatos de la Historia Natural y las fábulas. En el caso del riojano son varios los apólogos que probablemente se derivan de las historias naturales, que durante siglos fueron las fuentes mejor documentadas —pese a sus errores— para el estudio de los animales. En nuestra opinión, esto nos autoriza a plantearnos si, como defendían los autores citados en un apartado anterior, resulta imposible aprender algo de los animales reales en las fábulas. O cuando menos, en unas pocas de ellas.

Volviendo a Govantes, el interés de nuestro autor por la historia y la geografía, que testimonia (para la historia) la voz poética de una de sus fábulas (1833: 113) y que dio

cuadrúpedos (ATU 222), que aparece además de en Govantes, en Ésope de Marie de France y en la recopilación de cuentos infantiles de los hermanos Grimm (Uther, 2004: 140).

¹⁹ Como se refiere en nota a pie de página de la traducción de *Investigación sobre los animales*, debida a Pallí Bonet (1992: 287), Aristóteles cometió un error al asignarle sexo masculino a la reina de las abejas, equivocación también presente en Plinio y en Eliano.

²⁰ A propósito del miedo al lobo en el Antiguo Régimen, puede consultarse Morgado García (2015: 234-240). En cuanto a Govantes, suele atribuirle un simbolismo negativo a este animal. Véanse, por ejemplo, «El Lobo con los Lobeznos, y un perro» (1833: 26-28), donde este cánido justifica el robo excusándose en que todos lo cometen, o «El Lobo y el Mastín» (131), entre otros textos.

origen a dos disertaciones y a la preparación del *Diccionario geográfico-histórico de España* (1846), podría encontrarse ligado a su conocimiento de la Historia Natural.

Según Capel, «durante la Edad Moderna, y especialmente en el XVIII, filosofía y ciencia estuvieron profundamente imbricadas en los estudios sobre la naturaleza y el territorio» (2016: 13). De hecho, Kant comparaba la historia con la geografía en su *Geografía Física* (1802) y hacía del objeto de estudio de la segunda la descripción de la naturaleza en el espacio, en tanto que a la primera la correspondería su narración en el tiempo (2016: 13-14). Las obras de Historia Natural escritas en español a finales del siglo XVIII atestiguan esta relación: *Introducción a la Historia Natural y a la geografía física de España* (1775), de Guillermo Bowles, y *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia* (1795), de Cavanilles. E incluso la muy posterior *Elementos de Geografía é Historia Natural de las Islas Canarias* (1873), de Manrique y Saavedra. En ellas se aunaba la descripción geográfica con la exposición de los recursos animales, vegetales y minerales de cada zona. No creemos descabellado suponer que en algún momento, como parte de su instrucción o por afición, Govantes accedería a uno o más textos que versasen sobre la Historia Natural. Las dos primeras obras antedichas, en caso de que las hubiese llegado a conocer, podrían haberle servido como posibles referencias de cara a la elaboración de su *Diccionario* (1846), en conjunto con el *Diccionario geográfico-histórico de España. Sección 1* (1802), del que el suyo es continuación. Govantes seguramente leía en latín y en francés ya en 1815, con lo cual podría haber consultado textos que reprodujesen los conocimientos de la Historia Natural en ambos idiomas y no solo en español.

3. 3. *El «pobre Zorrillo» de Govantes*

A continuación fijaremos nuestra mirada en un par de fábulas en las que el zorro, al que Govantes presta su voz, enumera los daños que recibe del hombre y denuncia sus abusos. Se debe confesar que el riojano lo transforma en adalid del engaño, la glotonería y el vicio en otros textos, como muestra la fábula CXII, «La Raposa y el Lobo» (1833: 181), en la que una raposa y un lobo consideran virtuoso el robo porque ambas viven de él; o la fábula LV, «El Raposo visitador» (87-88), sobre un zorro que abusa de su título para devorar gallinas con impunidad. Esta actitud, aparentemente paradójica, no es más que el reflejo literario de lo que argüía Morgado García (2011) a propósito de la historia cultural de los animales, caracterizada por «una serie de visiones hegemónicas, pero nunca exclusivas, ya que jamás llegan a desplazar por completo a la anterior, con la que coexiste sin que ello suponga una contradicción» (18). Estas visiones, que se desarrollan a través de los tiempos, son de carácter simbólico, positivista, utilitario y afectivo (18-19). Todas ellas las percibimos, en diversas proporciones, en la fabulística del riojano.²¹

No ha de extrañarnos entonces que Govantes presente en sus fábulas imágenes distintas e incluso contrarias del zorro, a veces con cierto grado de solapamiento entre ellas: una más ajustada a las necesidades alimenticias del animal real y a su violento contacto histórico con el hombre, en la que en ocasiones advertimos indicios de empatía; y otra fuertemente moralizada y simbólica, con base en la dicotomía de los animales útiles y

²¹ Un ejemplo de simbolismo en las fábulas de Govantes lo ofrece «Del rey de las abejas» (1815: 71), en la que la falta de agujón de la abeja monarca se interpreta como un símbolo de la magnanimidad de los reyes. Como referencia de una de tipo descriptivo —o positivista, en la terminología de Morgado García (2011)— véase «Las moscas» (1833: 178-179). Hace hincapié en la utilidad de las abejas para el hombre «Las abejas y los zánganos» (8-11). Con respecto de la visión afectiva, creemos que la fábula LXXIX, «La alondra, el hombre y los dos bueyes» (131-132), en la que un ser humano protege a esta ave de un águila y la libera en cuanto ha pasado el peligro, es un buen exponente de la misma.

los no útiles,²² en la que se han sustentado buena parte de nuestras valoraciones sobre los mismos y por la cual el zorro casi siempre recibe condena.

La primera imagen del zorro se comienza a atisbar en la fábula xvii, «El raposo con la calavera». En esta fábula, que parodia el tópico del *ubi sunt* y la ambientación fúnebre de regusto romántico, la moraleja —del todo antropocéntrica— poco tiene que ver con la acción del texto. Reproducimos los versos en los que se materializa la queja del zorro, que alude a una realidad histórica referida más arriba y que Govantes, tal vez a causa de sus cargos públicos o de su educación como abogado, pudo haber conocido:

¿Dime tú, Calavera,
Fuiste de aquel perverso
Que me tiró un balazo
Hará como año y medio?
¿Ó fuiste del Alcalde
Que pagaba dos pesos
Á quien le presentaba
Un pobre zorro muerto? (1833: 33).

El raposo apostrofa al cráneo y le demanda una respuesta al tiempo que se burla de su vacuidad, enumerando los atributos intelectuales de los que se encuentra privado, en lo que nos parece una reelaboración de la fábula clásica de *la zorra y la máscara*, una fábula griega dirigida contra la belleza inútil (Rodríguez Adrados, 2003: 39-40):

Contesta, miserable:
¿En dónde están tus sesos,
Tus tretas, tus marañas,
Tu grande entendimiento? (Govantes, 1833: 33).

En un gesto de venganza, el zorro orina sobre la calavera. No obstante, pese a la vehemencia de sus protestas, el *epimitio* lo desautoriza mediante la lectura alegórica:

El escritor malvado
Que trata con desprecio
A los que ya no existen
Sea el Zorro del cuento (34).

En las fábulas de Govantes el zorro no es el único animal que se previene de los tiros del hombre. En la fábula xliii, «El cazador y la cigüeña», un cazador se dispone a disparar a esta ave, «Que en su nido gozaba / La mas profunda paz con su familia» (71). La cigüeña le pide que respete su morada, instalada sobre una iglesia, y le recuerda su labor útil para el hombre: «Que los campos sin mí se inundarían / De culebras, de sapos, / Y de una infinidad de sabandijas» (71). Sin embargo, el cazador no cede a sus ruegos y le arrebató la vida. También en la fábula xii, «El leon [sic] y los leoncillos», el león advierte a sus hijos de que

²² Estas categorías dividen a los animales en dos grupos, tomando al ser humano como punto de referencia: todos los que le obedezcan o sean comestibles (perros, vacas, caballos, gallinas...) y todos los que lo amenacen o compitan con él por los recursos (zorros, lobos, osos...). Aunque existen excepciones a esta ley, podrá confirmarse rápidamente en la obra de Govantes a través de numerosos ejemplos.

Aun el mas poderoso
Debe temer los tiros
De un corazon infame,
De un corazon maligno (27).

La repetición paralelística y casi integral de estos dos últimos versos refuerza la idea de la maldad humana, que en más ocasiones formulará el autor en sus textos.

Pero si en algún momento el riojano se sitúa plenamente del lado del raposo es en la fábula XL, «El Raposo Censor». En ella un «Raposillo / Famélico y errante» (63) roba un pergamino (para devorarlo) y huye corriendo de la aldea antes de que salgan los villanos a matarlo. Cuando llega a su cabaña, lee lo que rezan sus letras:

Aquel que conducido
Por la virtud amable
Á ser feliz aspire,
Haga aquello constante
Que la naturaleza
Dicta, cual sabia madre (64).

Esta máxima le mueve a la reflexión:

Muy bien, dijo el Raposo:
Si esto es así, ¿por qué hacen
Los hombres aspavientos
Cuando el Raposo una ave
Pilla con gran fortuna
Acosado del hambre?
¿No es la naturaleza
De los Raposos madre?
¿No manda socorramos
Nuestras necesidades?
Y por una gallina
(Cuyo dueño quién sabe
Si será otro Raposo)
Todos gritan y salen
Contra el pobre Zorrillo
Y le llaman infame,
Y con palos y perros
Matan al miserable (64-65).

A través de una serie de interrogaciones retóricas y no sin cierta dosis de ironía, insinuando mediante la polisemia del término *raposo* (con la acepción de ‘animal’ y con la de ‘persona engañosa’) que el dueño de las gallinas podría ser tanto o más ruin que él, el zorro critica la hipocresía de los hombres en su papel clásico de animal tramposo. Acusa a esta especie de pregonar la virtud con palabras, pero no con obras, ya que, si estuvieran tan hambrientos como él, se comerían el pergamino sin dudar, en tanto que el zorro opina que su sabiduría debe conservarse y por eso se reprime (65-66).

Muchos fabulistas de los siglos XVIII y XIX castigan a los zorros y a otros animales por su apetito carnívoro, pero en este texto el autor permite defenderse a una de estas

especies «dañinas» y reconoce que es el instinto lo que la impulsa a consumir carne, de un modo que nos recuerda a las palabras exculpatorias de Buffon (1832: 143-144). Este reposo cuestiona a los seres humanos por su comportamiento hipócrita, pero como notaremos de inmediato, estas críticas no cristalizan en una desvalorización plena de la humanidad en beneficio de los animales en el resto de la obra de Govantes.

4. EL HOMBRE: EL MEJOR Y EL PEOR DE LOS ANIMALES

4. 1. ¿El peor de los animales?

En pleno siglo XVIII filósofos como Voltaire, Rousseau o Bentham —y en España, el padre Feijoo—²³ condenaron la explotación y el abuso de nuestra especie a las demás, alineándose con un movimiento teriófilo que se iría afianzando en Europa a lo largo del siglo XIX. Ya conocemos la opinión de Buffon acerca de la destrucción que inflige el ser humano a las especies naturales (1832: 143). Unas páginas más adelante, en su tercer tomo sobre los cuadrúpedos, el naturalista francés aboga por la compasión hacia los animales (147-148) y por la consideración a su capacidad de sentir dolor, oponiéndose así a la noción cartesiana del automatismo animal (150). No obstante, Buffon enfatizaba también la superioridad humana y el derecho de nuestra especie a utilizar a otros animales. Como afirma Wolloch, «He opposed unnecessary harm to animals but regarded consumption of animal flesh as part of the natural order, helping, for example, to control the relative populations of various animal species» (2019: 106).

Pese a las críticas contra la humanidad que hallamos en sus fábulas, la opinión de Govantes en este sentido no debía de ser muy distinta de la que esgrime el naturalista francés. En su *Diccionario* (1846), cuando nuestro autor hace referencia a los animales suele ser en calidad de producto ganadero,²⁴ es decir, como seres a disposición de las necesidades del hombre y como recursos económicos de las aldeas que enumera. Por esta y por otras razones que se aducirán más abajo, creemos que no cumple considerarlo un adelantado del animalismo, pero se le debe acreditar el haber empleado algunas de sus fábulas no solo para reprobar lacras morales, sino también para cuestionar a la humanidad por su trato de los animales. Este uso «autocrítico» de la fábula —traduciendo del inglés la terminología de Palmeri— lo distingue este autor asociado a los *Animal Studies* en John Gay, en La Fontaine y en Esopo. Observa Palmeri que las fábulas que él denomina «autocríticas» son una minoría, pero que pueden servir para cuestionar las perspectivas antropocéntricas, e indica que no siempre destinan la atención hacia la conducta de los animales, «instead, they examine the form from within usually by focusing on relations between humans and animals» (2016: Cap. 5, § 1). Así, los animales operarían como arquetipos de su especie y en virtud de su condición de ejemplares de su clase, «the animals in these autocritical fables overtly criticize humans' brutal, hypocritical, and ungrateful treatment of other animals» (Cap. 5, § 1).

Un ejemplo de fábula autocrítica de origen antiquísimo está presente en la obra de Govantes. Se trata de una reelaboración de la fábula griega del *perro y el lobo*, que trata del tema de la libertad (Rodríguez Adrados, 2003: 360) y que elogia el estado del animal

²³ La actitud animalista de Feijoo la expone Escartín Gual en el análisis de sus obras. Además de defender a los animales no humanos, Feijoo se posiciona en contra de quienes los atormentan y los hieren por deleite, y contra quienes les muestran crueldad antes de matarlos (2017: 350-359).

²⁴ Por ejemplo, para la villa de Castañares de las Cuevas, tras señalar su situación geográfica, Govantes recoge la existencia de ganados bajo la abreviatura de «Prod.» (productos) (1846: 51). Este tipo de menciones se repite constantemente para muchos de los poblados listados en la obra.

salvaje frente a la sumisión del doméstico. La de Govantes se titula «El cerdo y el javalí» (1833: 61-63) y en ella, el puerco intenta persuadir a su pariente montés de que lo acompañe a la granja, donde él recibe alimento y cariño de su ama. El jabalí rehúsa su oferta, intuyendo que lo está engordando para sacrificarlo. En la moraleja la voz poética formula una pregunta en la que creemos que trasluce la opinión suspicaz del autor: «Mas, decid, de los dos ¿quién propiamente / Conocía lo que es la humana gente?» (62).

Hasta aquí hemos leído varias fábulas en las que Govantes reprueba la crueldad y la hipocresía del género humano sirviéndose de la voz de sus personajes animales. Estudiaremos más ejemplos en los que están involucrados el zorro y otra fauna.

En la fábula XL, «Los zorros y un caballo», un grupo de estos animales pregunta a un equino por qué los hombres les persiguen con tanto furor y este responde que «Dicen que en la malicia / Les quereis disputar el principado» (Govantes, 1833: 24), razón con la cual la voz poética arguye su censura de la envidia:

La envidia es compañera
De todos los malvados,
De ella nacen los odios,
Las venganzas, las muertes, los estragos (24).

Apreciamos en el texto el uso autocrítico de la fábula, alineado con la denuncia de la persecución que han experimentado durante siglos los zorros e intensificado por la gradación ascendente de las calamidades que expresan los dos últimos versos.

En la fábula LII, «Los raposos», un zorro «graduado de bachiller / En artes» (84) dirige un elocuente mensaje a su especie. Así describe los corazones de los hombres, cuya perfidia se intensifica a través de una distancia hiperbólica:

Son como esos caminos; ni uno solo
Hallareis, aunque andéis de polo á polo,
Que no vaya torcido
Al sitio á que le tienen dirigido (84).

Estos versos concretos parecen una alusión paródica —en la que se invierte, como por truco del animal tramposo, la posición del referente con la del referido— al andar zigzagueante de la zorra en el Libro XII de las *Etimologías* (627/630) de San Isidoro de Sevilla: «El nombre de *vulpes* (zorra) es, como si dijéramos, *volupes*: es un animal de andar voluble, que nunca corre por caminos rectos, sino por las trochas más tortuosas» (2004: 907). Quedarían así moralmente resarcidas las raposas de la pésima nombradía que llevan siglos arrastrando.

Prosigue así, para aplauso de sus congéneres, el orador vulpino en el texto:

Siniestro el hombre, injusto y engañoso,
En sus labios llevando la justicia,
En la práctica siempre con malicia,
Á lo recto prefiere lo tortuoso (84).

La maldad del hombre se acentúa en este pasaje, de un modo poético, por medio de la acumulación de adjetivos negativos en el primer verso citado y del paralelismo antitético que se establece entre el segundo y el tercero.

La fábula L, «Los zorros y los hombres», es una fábula etiológica que sugiere un origen fantástico a la enemistad entre estas dos especies. Cuenta la fábula una presunta «historia china / Con visos de novela» (78) sobre cómo en el pasado los zorros tutelaban a las gallinas. Entonces apareció el hombre y entabló amistad con los raposos, pero el Diablo lo engañó para que entrase en guerra con ellos. Los hombres les quitaron sus gallinas, empleando como excusa «La tiranía horrenda / Que ejercían los Zorros / Sobre las aves presas» (81) y eso explica la causa del enfrentamiento entre ambos. De ahí que, desde ese momento,

Las Raposas protestan
Contra el injusto robo,
Y mas y mas se empeñan
En coger las Gallinas,
Cuando se les presenta
La ocasion que ellas buscan
Con zorral diligencia.
Á pesar de esto el Hombre
Hoy por su prepotencia
Las llama ladronazas:
Como si él no fuera
Tan ladron y tirano
Como los Zorros eran (81-82).

La moraleja aplica alegóricamente esta ficción a los conquistadores, que «Roban plazas, provincias / Y naciones enteras, / É insultan con dicerios» (82) y tratan con dureza a todos, «Con razon ó sin ella» (82). Ha de notarse que este abominable papel lo ejecuta en la acción pretérita el ser humano, que no solo traiciona a los raposos y los acusa con hipocresía, sino que además oprime a las aves de corral.

En la fábula XLI, «Elogio fúnebre de un tigre»,²⁵ uno de estos animales lamenta la pérdida de otro de su especie e intercala esta invocación al difunto en su panegírico:

Sí, no hay duda: sí, Tigre valeroso,
¿Quién por mas animoso
Te pudo resistir? Tu solo nombre
Hizo temblar al hombre;
Ese animal feroz que ha avasallado
Traidoramente todo lo criado,
Armado se presenta,
Confesando cobarde asi su afrenta.
¿Por qué no se nos viene mano á mano,
Ya que del mundo dice es soberano? (67).

²⁵ El tigre se opone simbólicamente del león en otras fábulas españolas decimonónicas. A ambos los caracteriza su fuerza, pero mientras que el león acumula generalmente significados positivos (nobleza, justicia y sabiduría), al tigre le atañen los negativos (brutalidad, glotonería, tiranía...). Ese es el caso de los tigres de las fábulas de Valvidares y Longo, que suelen representar a Napoleón. Véase, por ejemplo, «El Tigre y la Zorra» (1811: 50-51), donde el tigre «describe claramente la ambición è hipocresía del traydor Bonaparte» (230). Algo parecido ocurre con los tigres de Govantes, autor que vuelve ingenuo o déspota al león en varias fábulas. Véanse como ejemplos del papel del tigre, además de la fábula que se valora a continuación, las ya citadas «El leon y sus ministros» (1833: 17) y «El tigre y el lobo» (110-113).

En su discurso el tigre crea un marcado contraste semántico entre su congénere desaparecido —definido como «valeroso»— y el ser humano, una criatura «feroz», avasalladora, traicionera y «cobarde». A continuación el felino insta a sus camaradas a imitar al homenajeadado y les aconseja lo siguiente:

Y no pareis jamás hasta que hollado
Veais al hombre á vuestros pies gimiendo,
Y humilde desmintiendo
Lo que él solo ha afirmado,
Que es el de lo criado
El animal mejor; cuando es él solo
Quien de uno al otro polo
Todo lo ha destruido,
Y cada dia mas enfurecido,
No hallando entre nosotros resistencia,
Se atacan con demencia
Entre sí crudamente los hermanos,
Matándose á bandadas inhumanos (67-68).

Denuncia así el tigre la devastación y la dominación del hombre, que producen multitud de guerras y de muertes. Ahora bien, hay que admitir que Govantes desacredita la integridad moral de este orador en los primeros versos, haciendo de su disertación un argumento «Para manifestar que los malvados / Son por otros tan malos elogiados» (66), y después lo denomina «animal cruel» (69). Eso no anula, no obstante, la validez de sus reproches al género humano, que en ningún momento es disculpado por sus acciones sanguinarias, ni en el *promitio* ni en el *epimitio*.

4. 2. *El mejor de los animales*

Por los testimonios que hemos aducido hasta ahora podría darnos la sensación de que Govantes repudia a la humanidad. Es cierto que se prueba desconfiado y severo con ella en algunos textos, tal vez a tenor de sus complicadas circunstancias personales por aquellas fechas. Recordemos que este autor de tendencia política liberal fue víctima de la represión fernandina, fue declarado impurificado y puesto bajo arresto domiciliario desde 1823 hasta 1834. Además, fue secuestrado por los carlistas en 1833, año en el que apareció su fabulario. Estos avatares, a nuestro parecer, podrían justificar la tambaleante fe en las virtudes de la humanidad que denotan algunas de sus fábulas. Después de todo, sus «cuentos satíricos» de 1815 no presentan fuertes críticas contra la especie del hombre, sino que se centran en la reprensión de los vicios morales, como se declara en el encabezado de su segunda parte (1815: 49). En *Fábulas* (1833), en cambio, la censura del género humano se vuelve más regular y acerba, como se ha ido apreciando.

En otras fábulas, no obstante, el riojano ensalza el potencial humano. Veamos dos ejemplos:

La fábula LXIII, «La Academia de los Animales», nos emplaza en Animalópolis, donde se celebra una reunión para nombrar al animal más virtuoso y al más malvado. Un raposo propone al hombre como el peor para prevenir que este dudoso galardón recaiga sobre su especie, pero el elefante lo rebate con estas contradictorias palabras, que se aprovechan de la figura literaria de la antítesis:

El Hombre es el mejor y el peor á un tiempo;
Es el mejor cuando oye, sigue y ama
Á la razón; mas si á ella no da oído,
Es un ser execrable envilecido (Govantes, 1833: 108).

La estimación laudatoria del elefante proviene de Plinio, se percibe en Buffon y se sustenta en su portentosa inteligencia (Morgado García, 2015: 152-153). El riojano le adjudica también una sabiduría superlativa al paquidermo en sus fábulas. Por ejemplo, en «El Leon y el elefante» (1833: 73), o en «El Elefante, gobernador del reino» (93-99), fábula en la que se afirma que «Reune el Elefante valentía, / Fuerza, docilidad, sabiduría / Y prudencia, que es alma del acierto» (98). Asimismo, en «El Leon y el Elefante ayo» (102-107) este amable gigante convierte al hijo del león en un mejor príncipe a través de la educación. Así pues, no nos ha de extrañar que sea esta especie la que defienda la *razón*, tan encarecida en el pensamiento ilustrado y aquí la propiedad que le otorga su superioridad al hombre, siempre que atienda a sus dictámenes.

En este mismo tema insiste la fábula xxxiv, «La serpiente y el elefante», protagonizada por dos animales cuya elección no parece en absoluto arbitraria. La serpiente, de perfil maligno en nuestra cultura,²⁶ se enfrenta dialécticamente al elefante, un contraste que nos permite anticipar a favor de quién se resolverá la disputa. Leamos algunos versos de la misma:

Perseguidas las aves,
Perseguidas las fieras,
Los peces perseguidos,
Y en fin la clase horrenda
De anfibios perseguida
Lagartos y Culebras
Por el hombre atrevido
Con la mayor fiereza,
Creyeron necesario
Juntarse en asamblea
Todos los animales
Que sustenta la tierra (52-53).

La idea de la *persecución*, reiterada en la anáfora de los dos primeros versos citados («Perseguidas») y repetida dos veces más en el tercero y en el quinto, con variaciones gramaticales, hace énfasis en la matanza de estas especies atribuida al ser humano. En esta ocasión será la serpiente la que profiera la acusación contra el mismo:

Señores, nadie ignora
Que ya á nada respeta
El hombre sanguinario
Hinchado de soberbia:
Él viene á los desiertos,

²⁶ Para más información sobre la simbología de este reptil, véase «Serpientes sibilantes y otros animales diabólicos» (Tausiet, 2011) en el libro colectivo *Los animales en la historia y en la cultura*. En la fabulística de Govantes el ofidio protagoniza otro texto tomado de Fedro, «El raposo y la serpiente» (192-194), pero se debe señalar que no se trata de una sierpe de simbolismo cristiano, sino del *dragón* griego, del que se creía desde antiguo que custodiaba tesoros (Rodríguez Adrados, 2003: 569).

Él sube á las estrellas,
Él surca el mar profundo,
Él el rayo maneja,
Y en todas partes todo
Destruye con fiereza.
Él nos odia, nos hiere,
Nos burla y encadena,
Nos mata y se rie
De nuestras grandes fuerzas (53).

Enumera el reptil entre anáforas («Él») los lugares que el hombre ha visitado y conquistado, así como sus agresiones, perjuicios y ofensas a las demás especies en los últimos versos de este extracto. Por todo ello, la sierpe propone que se le declare la guerra, pero el sesudo elefante invita a todos a discurrir:

Señores, nada al hombre
Importan nuestras fuerzas;
En esto no nos vence,
Él mismo lo confiesa,
Pero tiene otras armas;
Sí, tiene una cabeza
Llena de entendimiento,
De discurso, de ciencia,
Que es lo que le hace dueño
De la naturaleza (55).

Y los anima a implorar a los dioses que les otorguen la ciencia del hombre, que se respalda en su intelecto y que le concede, en última instancia, su prominencia frente a otros animales. La enseñanza se extiende en la moraleja a todas las naciones humanas del planeta, de suerte que aquella que domine la ciencia acabará por poseer la Tierra.

Así soluciona nuestro autor la aparente contradicción de su pensamiento en las fábulas: afirma a un tiempo la bajeza y la superioridad moral del ser humano, y emplea las voces de sus personajes animales —también las de los más despreciados— para exponer sus protestas por el trato que reciben sus homólogos fuera del terreno literario. La razón y la ciencia son las herramientas que garantizan al hombre su control absoluto de las potencias de la naturaleza, lo que le faculta a disponer de ellas como le convenga. Si pierde estas cualidades deviene en el peor de los animales, como parece ser el caso del «vulgo», que en ciertos textos de Govantes es considerado necio, vil y comparable a las bestias, al menos en la medida en que se encuentra privado de educación. Pero si retiene estas virtudes, el ser humano continuará ostentando el laurel de una primacía intelectual, ética y existencial indiscutible.

CONCLUSIONES

Creemos haber evidenciado cómo en manos de Govantes (y en parte, mediante la intervención del embaucador vulpino) la fábula se torna en un utensilio «autocrítico»: un espejo en el que el ser humano puede reconocer sus miserias en su trato de los demás animales y en el que, en ciertas ocasiones, se atisba el destello de algún animal real cuya situación refleja el carácter hostil y a veces abusivo de su relación con el hombre.

Aunque no era un gran estilista, la singularidad del riojano en sus fábulas reside, a nuestro parecer, en cuatro aspectos: primero, en este uso tan poco habitual como sagaz de la fábula; segundo, en la denuncia que se realiza en su obra del padecimiento de animales «dañinos» como el zorro por culpa de la acción del hombre; tercero, en sus fuentes, que beben no solo del acervo esópico, sino también del venero de la Historia Natural; y cuarto, en el hecho de que introduce en sus apólogos animales que no son siempre antropomórficos ni especialmente simbólicos, como en los casos de «El gato» (1815) y «Las moscas» (1833), algo no muy frecuente entre los autores de fábulas.

Esperamos haber probado también que el longevo género fabulístico permanece abierto a nuevas interpretaciones y que la fauna plasmada en él no actúa exclusivamente como un vehículo para el alegorismo moral. Las fábulas son susceptibles de recibir una reevaluación crítica bajo prismas innovadores como el de los *Animal Studies*. Esta escuela pone el acento en nuestras relaciones con los animales, un ángulo de vista que se presta a aliarse con el feminismo y con otras corrientes críticas que recapacitan sobre los mecanismos antropocéntricos que definen nuestra cultura y nuestra sociedad.

En esta travesía por la literatura fabulística pensamos que el personaje del zorro, un embaucador que habita en la intersección entre la naturaleza y la cultura, puede servirnos para iluminar facetas de nuestra condición humana y de nuestros contactos históricos con el resto de los animales.

BIBLIOGRAFÍA

- AGIRREAZKUENAGA, Joseba (dir.) (2010), *Diccionario Biográfico de Parlamentarios Españoles. Cortes de Cádiz. 1810-1814. Volumen II*, Madrid, Publicaciones de Cortes Generales.
- ARISTÓTELES (1992), *Investigación sobre los animales*, Madrid, Editorial Gredos.
- BUFFON (1832), *Obras completas de Buffon, aumentadas con artículos suplementarios sobre diversos animales no conocidos de Buffon, por Cuvier. Traducidas al castellano por P. A. B. C. Y dedicadas A S. M. la Reina Ntra. Sra. (Q. D. G.). Cuadrúpedos. Tomo III*, Barcelona, Impr. de A. Berges y C^a.
- CAPEL, Horacio (2016), «Filosofía y Ciencia en la Geografía, siglos XVI-XXI», *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía*, n^o 89, pp. 5-22. <https://doi.org/10.14350/ig.51371>
- COROMINAS, Joan y José Antonio PASCUAL (1985), *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Tomo IV*, Madrid, Editorial Gredos, 1^a reimpresión.
- CORTÉS, Jerónimo (1615), *Libro, y tratado de los animales terrestres, y Volátiles, con la historia, y propiedades dellos; alabando de cada vno de los terrestres la virtud en que mas se auentajò, y señalò: con autoridad de Doctos, y Santos. Compuesto por Geronimo Cortes Valenciano. Al Doctor Domingo Ximeno de Llobera, Visitador general deste Arçobispado de Valencia, por el Ilustrissimo señor Fr. Don Isidoro Aliaga*, Valencia, Juan Crisóstomo Garriz.
- DETIENNE, Marcel y Jean-Pierre VERNANT (1991), *Cunning Intelligence in Greek Culture and Society*, Chicago, University of Chicago Press Edition.
- DUBROCA, Jean-François (1802), *Conversaciones de un padre con sus hijos sobre La Historia Natural. Obra elemental, coordinada y publicada en frances por J. F. Dubroca, y traducida al castellano por Don Manuel de Ascargorta y Ramirez, Tomo I*, Madrid, Imprenta Real.
- DUBROCA, Jean-François (1826), *Conversaciones de un padre con sus hijos sobre La Historia Natural. Obra elemental coordinada y publicada en frances por J. F. Dubroca, y traducida al castellano por Don Manuel de Ascargorta y Ramirez, Tercera edición. Tomo Tercero*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro.
- ELIANO, Claudio (1984), *Historia de los animales, Libros I-VIII*, Madrid, Editorial Gredos.

- ESCARTÍN GUAL, Montserrat (2017), «El maltrato a los animales: ciencia, ética y literatura», *Cuadernos dieciochistas*, nº 18, pp. 331-365. <https://bit.ly/3iLndsk>
- FUDGE, Erica (2002), *Animal*, London, Reaktion Books.
- FUNES, Diego de (trad.) (1621), *Historia general de aves, y animales, de Aristoteles Estagerita. Traduzida de latin en romance, y añadida de otros muchos Autores Griegos, y Latinos, que trataron deste mesmo argumento, por Diego de Funes y Mendoça vezino de Murcia. A don fray Antonio de Trejo Obispo de Cartagena, del Consejo del Rey nuestro señor*, Valencia, Petro Patricio Mey.
- GARCÍA GUAL, Carlos (1970), «El prestigio del zorro», *Emérita*, nº 38, pp. 417-431.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2011), «Los animales de la fábula», en Montserrat Jufresa y Montserrat Reig (eds.), *Ta zôia. L'espai a Grècia II: els animals i l'espai*, Tarragona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica, pp. 21-27.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2017), *El zorro y el cuervo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España. 1ª ed. electrónica. <https://bit.ly/3QHNUec>
- GÓMEZ, César Armando (1969), *Antología de fábulas*, Barcelona, Editorial Labor.
- GÓMEZ DE LA HUERTA, Jerónimo (trad.) (1624), *Historia natural de Cayo Plinio Segundo. Traducida por el licenciado Geronimo de Huerta, medico y familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Y ampliada por el mismo, con escolios y anotaciones, en que aclara lo oscuro y dudoso, y añade lo no sabido hasta estos tiempos. Dedicada al Catolico Rey de las Españas y Indias don Filipe III, nuestro señor*, Madrid, Luis Sánchez, Impresor del Rey N. S.
- GOVANTES, Ángel Casimiro de (1815), *Poesías del doctor don Angel Casimiro Govantes. Dedicadas á sus amigos*, Madrid, Imprenta de D. Leonardo Núñez.
- GOVANTES, Ángel Casimiro de (1833), *Fábulas, cuentos y alegorías morales del doctor D. Ángel Casimiro de Govantes*, Madrid, Imprenta de D. Eusebio Aguado.
- GOVANTES, Ángel Casimiro de (1846), *Diccionario geográfico-histórico de España, por la Real Academia de la Historia. Sección II. Comprende La Rioja ó toda la provincia de Logroño y algunos pueblos de la de Burgos. Su autor el individuo del número Don Angel [sic] Casimiro de Govantes*, Madrid, Imprenta de los sres. viuda de Jordan e hijos.
- GRANADA, Fray Luis de (1676), *Primera parte de la introduccion del simbolo de la fe. En ella se trata de la creacion del Mundo, para venir por las criaturas al conocimiento del Criador, y de sus perfecciones. Al señor don Lorenzo Santos de San Pedro, Cauallero del Abito de Santiago, Señor de la Villa de Baños, del Consejo de su Magestad en el Real de Castilla, &c. Compuesto por el muy reverendo padre Maestro Fray Luis de Granada, del Orden de Santo Domingo*, Madrid, Imprenta Real.
- HAREL, Naama (2009), «The Animal Voice Behind the Animal Fable», *Journal for Critical Animal Studies*, vol. VII, nº II, pp. 9-21.
- HUFFORD, Mary (1987), «The Fox», en Angus K. Gillespie y Jay Mechling (eds.), *American Wildlife in Symbol and Story*, Knoxville, The University of Tennessee Press, pp. 163-202.
- HYNES, William J. (1993), «Mapping the characteristics of mythic tricksters: a heuristic guide», en William G. Doty y William J. Hynes (eds.), *Mythical Trickster Figures*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, pp. 33-45.
- ISIDORO DE SEVILLA, San (2004), *Etimologías*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- KOMPATSCHER, Gabriela (2019), «Human-Animal Studies. Bridging the Lacuna between Academia and Society», en Raija Mattila, Sanae Ito y Sebastian Fink (eds.), *Animals and their Relation to Gods, Human and Things in the Ancient World*, Wiesbaden, Springer VS, pp. 11-22. <https://bit.ly/3QGTtj7>
- KOMPATSCHER, Gabriela y Reinhard HEUBERGER (2021), «Ethical Literary Animal Studies and Ecolinguistics: Approaching Animals», *PLL*, vol. 57, nº 3, pp. 249-274.
- KORHONEN, Tua (2019), «Anthropomorphism and the Aesopic Animal Fables», en Raija Mattila, Sanae Ito y Sebastian Fink (eds.), *Animals and their Relation to Gods, Humans and Things in the Ancient World*, Wiesbaden, Springer VS, pp. 211-231. <https://bit.ly/3GLMtqd>

- LEFKOWITZ, Jeremy B. (2014), «Aesop and Animal Fable», en Gordon Lindsay Campbell (ed.), *The Oxford Handbook of Animals in Classical Thought and Life*, Oxford, Oxford University Press, pp. 1-23.
- MAGOULICK, Mary (2018), «Trickster Lives in Erdrich: Continuity, Innovation, and Eloquence of a Troubling, Beloved Character», *Journal of Folklore Research*, vol. 55, nº 3, pp. 87-126. <https://bit.ly/3ZGpup9>
- MAIRE BOBES, Jesús (2004), *Fábulas españolas. De don Juan Manuel a nuestros días*, Madrid, Ediciones Akal.
- MAÑAS NÚÑEZ, Manuel (ed.) (1998), *Fedro y Aviano. Fábulas*, Madrid, Ediciones Akal.
- MARRERO HENRÍQUEZ, José Manuel (2017), «Animalismo y ecología: sobre perros parlantes y otras formas literarias de representación animal», *Castilla. Estudios de Literatura*, nº 8, pp. 258-307. <https://bit.ly/3Xzkukh>
- MARTÍN GARCÍA, Francisco (1996), *Antología de fábulas esópicas en los autores castellanos (hasta el siglo XVIII)*, Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- MARTOS GARCÍA, Aitana y Alberto Martos García (2017), «Las dimensiones de la inteligencia astuta y el engaño en la herencia cultural: *trickster* y *Mêtis* como figuras dialógicas», *Revista Co-herencia*, vol. 14, nº 27, pp. 129-155. <https://bit.ly/3CSVSv2>
- MATIC, Gordana (2015), «El poder subversivo de la fábula en sus diversas manifestaciones diacrónicas», *Literatura y Signo*, nº 10, pp. 153-168. <https://bit.ly/3H8u5cn>
- MAZÓN VERDEJO, Eugenio (coord.) (2001), *Riojanos en Madrid. 601 Biografías*, Madrid, Centro Riojano de Madrid.
- MORGADO GARCÍA, Arturo (2011), «Una visión cultural de los animales», en Arturo Morgado García y José Joaquín Rodríguez Moreno (eds.), *Los animales en la historia y en la cultura*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 13-42.
- MORGADO GARCÍA, Arturo (2015), *La imagen del mundo animal en la España Moderna*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- OERLEMANS, Onno (2018), *Poetry and Animals. Blurring the Boundaries with the Human*, Nueva York, Columbia University Press.
- OZAETA, María Rosario (1998), «Los fabulistas españoles (Con especial referencia a los siglos XVIII y XIX)», *EPOS*, nº xiv, pp. 169-205. <https://bit.ly/3XgXjMo>
- PALMERI, Frank (2016), «The Autocritique of Fables», en Frank Palmeri (ed.), *Humans and Other Animals in Eighteenth Century British Culture. Representation, Hybridity, Ethics*, London and New York, Routledge, Cap. 5. <https://bit.ly/3QNk9bx>
- PLINIO EL VIEJO (2003), *Historia natural. Libros VII-XI*, Madrid, Editorial Gredos.
- RABAL SAURA, Gregorio y Anselmo J. SÁNCHEZ FERRA (2007), «El zorro (*vulpes vulpes*) en el folklore y el habla popular del Campo de Cartagena», *Revista de Folklore*, vol. 27b, nº 322, pp. III-128.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2014), *Diccionario de la lengua española*. 23ª ed. Consultado en <https://dle.rae.es/>
- Real Cedula de S. M. y señores del Consejo, en que se manda guardar el Reglamento inserto formado para el exterminio de lobos, zorros y otros animales dañinos, en la conformidad que se expresa* (1788), Madrid, Imprenta de Don Pedro Marín.
- Real Cedula de S. M. y Señores del Consejo, por la qual se manda que desde ahora cesen las batidas y monterías que se dispusieron por Real Cédula de veinte y siete de Enero de mil setecientos ochenta y ocho, para el exterminio de Lobos, Zorros, y otros animales nocivos; y que quedando ésta sin efecto, las Justicias den premio doble del que se estableció en ella por cada uno que se presentase, en la forma que se expresa* (1795), Madrid, Imprenta de la viuda e hijo de Marín.
- «Reales Decretos» (7 de mayo de 1834), *Gaceta de Madrid*, nº 76, pp. 353-354.

- RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO (1979), *Historia de la fábula greco-latina (1). Introducción y de los orígenes a la edad helénica*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO (2003), *History of the graeco-latin fable, Volume Three. Inventory and documentation of the graeco-latin fable*, The Netherlands, Brill.
- RUDD, Gillian (2018), «Lions, Mice, and Learning from Animals in Henryson's *Fables*», en Bruce Boehrer, Molly Hand y Brian Massumi (eds.), *Animals, Animality and Literature*, Reino Unido, Cambridge University Press, pp. 88-102. <https://bit.ly/3XqZwEi>
- RUIZ CAPELLÁN, Roberto (trad.) (2009), *Cuentos de Renart el Zorro*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- SAX, Boria (2001), *The Mythical Zoo. An Encyclopedia of Animals in World Myth, Legend, & Literature*, California, ABC Clío.
- SCHÖNBECK, Sebastian (2019), «Return to the Fable: Rethinking a Genre Neglected in Animal Studies and Ecocriticism», en Frederike Middelhoff, Sebastian Schönbeck, Roland Borgards y Catrin Gersdorf (eds.), *Texts, Animals, Environments. Zoopoetics and Ecozoetics*, Alemania, Rombach Verlag, pp. 111-125.
- UTHER, Hans-Jörg (2004), *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography. Part 1: Animal Tales, Tales of Magic, Religious Tales, and Realistic Tales, with an Introduction*, Helsinki, Academia Scientiarum Fennica.
- UTHER, Hans-Jörg (2006), «The Fox in World Literature. Reflections on a "Fictional Animal"», *Asian Folklore Studies*, nº 65, pp. 133-160.
- VALVIDARES Y LONGO, Ramón (1811), *Fábulas satíricas, políticas y morales sobre el actual estado de la Europa. Por el P. Fr. Ramon Valvidares y Longo, Del Orden de S. Gerónimo de la Congregación de España, Profeso del Monasterio de Bornot, y Académico de la Real Academia de buenas letras de Sevilla*, s. l., s. i.
- WOLLOCH, Nathaniel (2019), *The Enlightenment's Animals. Changing Conceptions of Animals in the Long Eighteenth Century*, Amsterdam, Amsterdam University Press.
- WRIGHT, Thomas (ed.) (1863), *Alexandri Neckam. De Naturis Rerum. Libri Duo. With the Poem of the Same Author, De Laudibus Divinae Sapientiae. Edited by Thomas Wright, Esq., M. A., F. S. A., &c., corresponding member of the Imperial Institute of France, (Académie des Inscriptions et Belles-Lettres)*, London, Longman, Green, Longman, Roberts and Green.
- ZAFIROPOULOS, Christos A. (2001), *Ethics in Aesop's Fables: The Augustana Collection*, Leiden, Brill.